



María del Mar Magallón
Adjunta a la dirección
ALBOAN

El miércoles 12 de marzo tuve la gran fortuna de estar presente en la plaza de San Pedro en el Vaticano, cuando el nuevo Papa, Francisco I, fue elegido. En las primeras palabras que dirigió a las personas allí congregadas nos expresó su deseo de que la Iglesia contribuya a la evangelización y a la construcción de una fraternidad universal. Al escucharlo pensé que este término, fraternidad, ha estado presente en la historia de la Iglesia desde sus inicios y fue asumido también como uno de los pilares de la revolución francesa pero, sin embargo, ha tenido escaso éxito en la construcción de nuestra civilización. Tal vez sea el momento de volver a reivindicarlo y de vivirlo en profundidad en el seno de nuestra Iglesia.

Uno de los ámbitos en los que se expresa claramente la fraternidad universal es en el de la cooperación internacional. En las últimas décadas, la profesionalización de las ONGs ha traído consigo el uso de un lenguaje técnico y específico, que, si bien responde a las necesidades del sector, ha dificultado nuestra comunicación y cercanía con la ciudadanía. Palabras como empoderamiento, apropiación o sociedad civil, han asumido el protagonismo en nuestros discursos dejando atrás otras que expresan la base de nuestra razón de ser y sentir. Una de ellas es la fraternidad.

Para las personas creyentes, la fraternidad nace de la experiencia profunda del Padre Nuestro. Un Padre y Madre creadora que nos da la vida y sueña para toda la humanidad una vida plena y digna. No importa la raza de las personas, su lugar de origen, si las conocemos o no, si tienen mucho o poco... ni siquiera si son buenas o malas. La humanidad entera es querida por Dios y por tanto familia nuestra. Para las personas que no son creyentes, la fraternidad tiene un significado y efectos similares. Es el vínculo que nos hermana a todas las personas a lo largo y ancho del planeta.

Desde este sentimiento de familia universal nacen gran parte de los motivos que nos impulsan y nos exigen mantener nuestro compromiso con las personas que ven pisoteada su dignidad y vulnerados sus derechos humanos más allá de nuestras fronteras. Los lazos de hermandad justifican la permanencia de la cooperación internacional como expresión de la solidaridad entre distintas comunidades y grupos sociales, ya sea a través de la gestión de los fondos públicos (gestionados por las administraciones central y locales) o privados, realizados a título voluntario.



ALBOAN

¿Qué consecuencias tendría este sentimiento de pertenencia a la familia universal? Para entenderlo mejor vamos a utilizar el paralelismo con la experiencia vivida en nuestras propias familias.

El primer lugar en el que nos sentimos “alguien” es en la familia. Ahí encontramos nuestro espacio de reconocimiento. Tener familia nos hace personas porque nos hace visibles. Somos alguien para otros. Sin embargo, en muchos rincones del mundo hay miles de personas y comunidades que son los “nadies”. Mujeres y hombres que no existen, cuya suerte no importa a nadie, que sólo cuentan como mano de obra barata u objeto de explotación y a veces ni siquiera eso, simplemente excluidos, olvidados. La presencia de la Iglesia y las ONG en estos rincones oscuros del mundo permiten sacar a la luz las situaciones de abusos y violación de derechos humanos que están sufriendo y reconocer así a estos millones de seres humanos su dignidad. Lo que no se conoce no existe, por ello, al hacer públicas estas situaciones, las personas se hacen reales, sus vidas son reconocidas. En el caso de ALBOAN los lazos que mantenemos con organizaciones como el Servicio Jesuita a Refugiados, el ERIC en Honduras o SERJUS en Guatemala nos han permitido conocer de primera mano los conflictos olvidados de la región Kivu en Congo o en República Centroafricana, las masacres en Totoncapán o las persecuciones al campesinado que reclama sus derechos en el Aguán y el Ixcán. La proyección internacional de estas situaciones contribuye a respaldar las causas de los pueblos sufrientes del Sur y les devuelve su dignidad. Cuando su realidad es conocida dejan de ser los “nadies” y comienzan a ser sujetos de derechos. Si la cooperación internacional no existiera, muchas de estas situaciones permanecerían en el olvido y con ellas, la vida de millones de seres humanos.

En segundo lugar, la familia es también la escuela donde aprendemos a relacionarnos y así nos constituimos como personas en relación con otras. No somos seres individuales, la relación y el contacto con “el diferente” nos hace crecer y la unión en comunidad nos permite abordar los problemas que enfrentamos con mayor fortaleza. La cooperación internacional se basa también en el cultivo de las relaciones entre grupos de personas de unos países y otros. Si la ayuda se canalizara únicamente a través de los gobiernos, muchas comunidades seguirían quedando excluidas de ella y estaríamos construyendo una sociedad débil y sin recursos. La crisis actual del modelo de desarrollo que vivimos en Europa nos confirma la necesidad que tenemos de contar con una ciudadanía activa y un tejido asociativo que permita vigilar, controlar y exigir la garantía de los derechos humanos al poder político (Estado) y económico (mercados). Las ONG forman parte de este tejido social y contribuyen a fortalecer los lazos de hermandad entre unas sociedades y otras. Si estos lazos se rompieran no sólo perderían posibilidades de desarrollo y crecimiento las comunidades del Sur. Nuestra sociedad perdería también grandes dosis de humanidad y realismo.



ALBOAN

Por último, es en el espacio familiar donde vamos aprendiendo a asumir responsabilidades. El cariño por las personas es fuente de nuestras alegrías profundas pero también de nuestras tristezas y preocupaciones más hondas. Lo que les ocurre a nuestros familiares no nos deja indiferentes, sus logros nos alegran y sus dificultades nos comprometen. En el caso de la cooperación internacional, la mayoría de las ONG surgieron también como respuesta al sentimiento de “hacerse cargo” de la realidad de las comunidades del Sur. El contacto y la relación con los grupos más empobrecidos y sufrientes del planeta siempre nos pone en movimiento, no nos deja indiferentes. Los lazos de fraternidad nos impulsan a tomar partido, a hacernos cargo poniendo nuestro granito de arena para que su situación cambie.

En nuestras familias, ese compromiso que nace del cariño no se pone en cuestión cuando andamos con dificultades económicas. Tal vez pueda variar nuestra capacidad de respuesta en función de nuestra situación vital pero, en general, permanece inalterable nuestro deseo de apoyar y ayudar a quienes queremos. ¿Por qué entonces cuestionamos la continuidad de nuestra ayuda a las personas más empobrecidas en función de nuestra situación económica? Ciertamente, en estos tiempos de crisis podríamos plantearnos una reducción de los montos públicos destinados a la cooperación internacional para así atender mejor a las necesidades sociales de nuestro entorno. Sin embargo, esta cuestión resulta especialmente sangrante cuando el porcentaje de nuestra riqueza que compartimos con estas personas es irrisorio. De cada 100€ de producto interior bruto, les hemos enviado, en el mejor de los casos, 50 céntimos de euro. Actualmente la cooperación estatal apenas alcanza los 25 céntimos de euro ¿cómo plantearnos un recorte adicional sobre esta exigua ayuda? ¿no es todavía más necesario el apoyo a las personas más vulnerables en momentos de crisis como los que vivimos?

No podemos olvidar el anhelo de justicia que nace de la fraternidad. Al contemplar la realidad global constatamos que vivimos en un mundo profundamente injusto. El simple hecho de nacer en un lugar o en otro condiciona radicalmente las posibilidades que tendremos para desarrollar todas nuestras capacidades y gozar de una vida plena. Si miramos a nuestra sociedad, la forma de vida que disfrutamos no es universalizable. Nuestro alto nivel de consumo es posible porque adquirimos los productos a precios por debajo de su valor real de producción y utilizamos los recursos naturales (agua, minerales, petróleo, gas...) por encima de sus posibilidades de recuperación. En definitiva, podemos vivir así porque millones de personas viven con menos de 2,5 dólares al día. No se trata de dejar que el sentimiento de culpa nos paralice o nos bloquee. Reconocer esta profunda brecha injusta nos interpela para avanzar en la definición de mecanismos que faciliten la redistribución de la riqueza y el uso razonable y universal de los recursos naturales. El destino de fondos públicos y privados a la cooperación es una de las formas de hacerlo.



ALBOAN

Por tanto, fraternidad y justicia nos impulsan a mantener y estrechar aún más los lazos con el resto de la humanidad, especialmente con las personas más empobrecidas y sufrientes del planeta. En los tiempos de crisis que vivimos, conviviendo mucho más de cerca con la necesidad de familiares y amistades, este artículo no pretende plantear la tesitura de tener que elegir entre unas personas y otras. No hay necesidades básicas de primer y segundo nivel. Se trata de ampliar la mirada para cuestionar las políticas fiscales que tenemos, la asignación del gasto público, nuestro estilo de vida y el modelo de desarrollo económico. Desde la fraternidad y la justicia, lo único incuestionable es la garantía de los derechos humanos para toda la humanidad que no podemos posponer para mejores tiempos.